

G. LENOTRE



EL ENIGMA DEL TEMPLE  
(LUIS XVII)

Tomando como referencia sólo los documentos oficiales y los testimonios autorizados, descuidando deliberadamente las conmovedoras y sospechosas leyendas bajo las que con demasiada frecuencia desaparece el tejido de esta dolorosa historia, el eminente historiador G. Lenotre nos ofrece, en esta notable obra, una nueva solución a lo que Louis Blanc llamaba «el Misterio del Temple»: «una solución parcial», dice, «pero inesperada», que tiene la ventaja de una conexión rigurosa con lo que se conoce sobre la historia del Temple. Parece que se pueden identificar los puntos más destacados de este estudio: El señor G. Lenotre establece que no fue precisamente la Convención, sino la Comuna la que exigió que se le entregara la familia real. Fueron los revolucionarios Chaumette y Hébert, comisarios de la Comuna, los que estuvieron moviendo esos hilos en la sombra. El historiador dibuja un vivo retrato de ellos, los encuentra, los desenmascara. Demuestra que, como la mayoría de sus contemporáneos, no creían en la perpetuidad del régimen revolucionario, que preveían el restablecimiento de la realeza y que al apoderarse del Delfín se aseguraban un rehén. Tras algunas obscuras maquinaciones, se decidió la destitución de quien había sido designado el guardián del niño, el zapatero Simon, cuya esposa cuidaba afectuosamente del Delfín. La partida de Simon coincidió con la desaparición del niño real, ya que desde ese día Madame Royal, su hermana, que vivía en el piso superior, que lo veía de vez en cuando, que lo oía tocar y cantar, no volvió a verlo ni a saber de él. Las conjeturas se inclinaron por que hubo una sustitución del pequeño rehén. Robespierre y Barras así lo creyeron. Más aún; llegaron a pensar que el prisionero había sido sustituido por un doble. Por eso, a pesar de la benévola orden del Directorio de reunir a los hijos de Luis XVI y María Antonieta, los hermanos nunca volvieron a estar

juntos, en ningún momento. ¿Qué fue del niño real? G. Lenotre no pretende arrojar ninguna luz definitiva sobre el misterio. Pero examina el caso de Mathurin Bruneau y Hervagault y sugiere que este último bien podría haber sido el verdadero Delfín. Y tal vez este desgraciado, que murió en Bicêtre donde fue internado como un loco, era el duque de Normandía.

«El último rey legítimo de Francia...» (Le Figaro, 1921).

«Un estudio magistral, basado especialmente en el examen de los archivos del Consejo General de la Comuna. A pesar de algunas interpretaciones cuestionables, la obra sigue siendo una referencia». (Jean-Baptiste Rendu, «El enigma de Luis XVII», 2011).



*Este relato del cautiverio del reyecito del Temple se diferencia de las numerosas obras que tratan del mismo tema, en que no se apoya más que en los documentos oficiales y en testimonios autorizados, desdeñando intencionadamente las conmovedoras y sospechosas leyendas bajo las cuales se pierde muchas veces la trama de esta dolorosa historia. Ello no quiere decir que no nos permitamos ninguna deducción: los baches y lagunas abundan en esta confusa crónica, y para exponer sin demasiadas interrupciones sus peripecias, es necesario recurrir con frecuencia al subterfugio del razonamiento, aunque sea con las naturales reservas, y sólo por necesidad, prefiriendo, a falta de certidumbre, la declaración indecisa a la afirmación temeraria. Del cotejo de estas presunciones con los hechos indiscutiblemente auténticos, resulta una solución distinta de la que Luis Blanc llamaba el «Misterio del Temple»; solución incompleta, pero inesperada, que asombrará quizá a muchos lectores, y que es de temer extrañe a algunos, puesto que no conduce al final deseado. Pero, por lo menos, presenta la ventaja de una conexión rigurosa con lo que se conoce de la historia del Temple, y restituye la infantil figura del rey Luis XVII al lugar demasiado ignorado que, inconscientemente, ha venido ocupando en la política de la Revolución Francesa.*





I

## EL TEMPLE

SIN duda que al salir de su casa, según costumbre, la mañana del 10 de agosto de 1792, Francisco Turgy no podía suponer que partía para un viaje que habría de conducirle a Suiza, Austria, Curlandia, Inglaterra, y le devolvería a París al cabo de un cuarto de siglo, ennoblecido y convertido en un personaje, que ocuparía desde entonces un puesto en la Historia. Turgy era un criado de las cocinas del Rey. Nacido en París, y, por consiguiente, animoso y despierto, de veintinueve años de edad, estaba muy unido a la modesta colocación que había conseguido en 1784. Como no vivía en Palacio (el de las Tullerías), muy exiguo, a pesar de sus inmensas proporciones, para albergar a la multitud de funcionarios de todas clases que gravitaban aún alrededor de la Monarquía, agonizante desde hacia más de un año, se llegó hasta el Carrusel con el propósito de informarse y comprobar la magnitud del desastre: el Cuerpo de Guardia y las dependencias del Palacio ardían; el populacho, dueño de la morada de los reyes, se comportaba sin ninguna discreción, arrojando los muebles por las ventanas y persiguiendo, a lo largo de salones y galerías, a los servidores de la Corte y a los suizos de la guardia del Rey. La familia real, renunciando a afrontar el motín, se había refugiado desde la mañana en la Asamblea Legislativa, permanecien-

do en el vasto edificio del Picadero, situado en el extremo de la terraza de los Fuldenses. Turgy llegó hasta allí. Buen realista, obraba a impulsos de la fidelidad a sus amos; pero es muy probable que deseara conservar su colocación, pues, a menos de que estuviese dotado de un don clarividente, o de una perspicacia singular, no podía imaginarse que el rey de Francia, protegido aún por tanto prestigio moral y por tan gran número de ardientes defensores, iba a encontrarse en pocas horas reducido a tener que recurrir a la abnegación de uno de los más humildes empleados de su «Boca» —así se designaba al importante servicio de la mesa real—, funcionario de quien Su Majestad ignoraba seguramente el nombre y la existencia.

Al parecer, Turgy se distinguió, en octubre de 1789, cuando fueron invadidas las habitaciones de la Reina, en Versalles, por las mujeres llegadas de París, abriendo intencionadamente una puerta de comunicación, que permitió a María Antonieta alcanzar, por un pasillo excusado, la sala del «Ojo de buey». Pero su actuación no le había situado en primer plano, por lo que la señora de Tourzel sólo conocía su nombre imperfectamente. Le llama *Targe* en sus *Memorias*, y Madame Royale escribe *Thurgé*<sup>[1]</sup>.

En los alrededores del Picadero, la efervescencia es espantosa: guardias nacionales, papanatas, periodistas, oradores improvisados, diputados, funcionarios de todos los rangos, exaltados de todas las opiniones, se agolpan en los cafés vecinos o se empujan a las puertas de la Asamblea, esforzándose por introducirse en el inmenso cobertizo, del que salen grandes rumores. En el jardín, la multitud, al pie de la terraza, absorbe en sus remolinos a los transeúntes sospechosos de realismo y los rechaza de nuevo, ensangrentados y maltrechos. La suerte de la Revolución se juega en ese pisoteo formidable. De hecho, la Monarquía, expulsada de su palacio, no está aún abatida; los partidos se la disputan. Como las Tullerías son inhabitables, la Asamblea se ocupa de buscar un alojamiento para la familia, real, a la

que albergará, para ponerla al abrigo de las cóleras populares, en una de las estrechas tribunas de su salón de sesiones, la tribuna del Taquígrafo, situada en uno de los extremos de la sala<sup>[2]</sup>. Pero la Asamblea Legislativa, que así tiene en su poder a la realeza, sufre a su vez el yugo de un nuevo dueño. Un nuevo poder, nacido aquella misma noche, reside en la Alcaldía: es la Asamblea de los Comisarios que las Secciones de París han elegido la víspera por aclamación, y que se ha constituido en *Commune* insurrecta. Desde las siete de la mañana la Municipalidad legal le ha cedido el puesto, y la nueva Municipalidad, embriagada por los éxitos del motín que ha desencadenado, reclama ahora el arresto del Rey. Lo exige «en nombre del interés del Imperio, del de la capital y hasta en nombre mismo de la seguridad de Luis XVI»<sup>[3]</sup>. La Asamblea Legislativa siente miedo; Decreta la «suspensión» de la autoridad real y ordena a la Administración departamental que prepare el palacio del Luxemburgo para alojar en él a Luis XVI y a su familia. La Municipalidad no se muestra satisfecha con esto. Manifiesta, algún temor: en el Luxemburgo existen subterráneos que pueden ofrecer medios de evasión; preferiría la Abadía de San Antonio<sup>[4]</sup>. El día transcurre en estas discusiones. El Rey, la Reina, sus hijos y Madame Isabel son depositados provisionalmente en el convento de los Fuldenses, cuyos edificios incautados contienen las oficinas de la Asamblea.

Turgy intentó penetrar allí, a fin de ofrecer sus servicios; pero el hacinamiento era tan compacto y la gente llenaba tan por entero los corredores, que no pudo conseguirlo.

Algunos fueron más afortunados o más hábiles que Turgy; como aquel desconocido Dufour, que, por casualidad, resultó ser el furriel voluntario de la Corte angustiada, y le procuró las camas, la ropa blanca y el alimento. Su relato apareció, en 1814; con el título de *Los cuatro días del Terror. Detalles de los cuatro días que Luis XVI, rey de Francia, y su augusta familia pasaron en la Asamblea Legislativa.*

Algunos gentileshombres abnegados formaban un dique contra la afluencia de curiosos y manifestantes: allí se encontraban los señores de Choiseul, de Brezé, de Briges, de Poix, de Nantouillet, de Goguelat, de Hervilly, de Tourzel, de Narbonne, de la Rochefoucauld, de Saint-Pardoux y de Rohan-Chabot. Madame de Tourzel, en su calidad de aya de los príncipes de Francia, no se había separado de la familia real desde la salida de las Tullerías; su hija Paulina la acompañaba; la princesa de Lamballe se encontraba igualmente allí. Sucesivamente fueron llegando algunas de las servidoras de la Reina: las señoras Thibaud, Campan, Anguié, Navarre, Basire, de Saint-Brice; y los ayudas de cámara Hué, Thierry y Chamilly. Para todos transcurrió la noche sin sueño. Solamente el pequeño Delfín (contaba siete años y cuatro meses) y su hermana (que contaba trece), rendidos por el cansancio, durmieron hasta el amanecer.

Durante dos días, Turgý permaneció en las proximidades de los Fuldenses y del Picadero, siempre al acecho de que una casualidad le permitiría agregarse al grupo de sirvientes que rodeaban a los infortunados amos. En su relato se deja ver la preocupación profesional. Perdido entre la multitud, se inquieta por lo que la familia real pueda comer en medio de aquel caos y, por la manera de estar atendido su servicio. Al saber que un restaurante ha proporcionado las comidas, se siente más tranquilo. Sin embargo, no se aparta de allí: así se enterara antes y mejor de la suerte reservada a Luis XVI, en espera, de que las Tullerías estén dispuestas a recibirle de nuevo.

El duelo entre la Asamblea Legislativa y la Municipalidad continúa. Esta última no acepta el Luxemburgo como asilo provisional de «sus rehenes». La Asamblea designa el hotel de la Cancillería, en la plaza Vendôme; la Municipalidad preconiza entonces el Temple o el Obispado, a lo cual contestan los diputados sometiendo la cuestión a una comisión para su examen. Como no llevan camino de entenderse, aquellos cuya suerte se debate de esta forma pasan

una segunda noche en las celdas de los Fuldenses. La lucha se establece en estos términos: el Cuerpo Legislativo trata de salvar el prestigio del Rey, ingeniándose por conseguir internarlo en un palacio; los munícipes, por el contrario, exigen para él una verdadera cárcel. El 12 de agosto, la Municipalidad, cansada de estos aplazamientos y usurpando las prerrogativas de su rival, hace acto de autoridad, y «decreta» que Luis XVI y su familia serán depositados en el Temple.

Fue una especie de golpe de Estado, y es digna de notar la singularidad de que la historia oscura de este cautiverio famoso empiece por una ilegalidad. La Asamblea Legislativa cedió al día siguiente: revocando el decreto por el que había elegido el hotel de la Cancillería, decidió que el Rey y su familia fueran confiados «a la custodia y a las virtudes de los ciudadanos de París», y que la Municipalidad proveería «sin demora» y bajo su responsabilidad a su alojamiento<sup>[5]</sup>...

Apenas fijado el lugar donde habían de ser relegados los restos de la Monarquía, Turgy corrió a Casa de M. Ménard de Choussy, comisario general de la Casa del Rey, a fin de ser admitido en la servidumbre en su calidad de criado. Se le acogió con frases halagüeñas y con la promesa de facilitarle una tarjeta de entrada al Temple para el día siguiente, 14; pero Turgy temía que su puesto estuviese ocupado, si no se apresuraba, o que surgiese cualquier dificultad si contemporizaba. Como se encontrase a dos de sus colegas, Chrétien y Marchand, también criados, los llevó con él hasta el Temple, que se hallaba ya rodeado de un cordón de Guardias Nacionales. Forzó las consignas; franqueó la puerta en compañía de sus dos camaradas, cogidos de su brazo, y se hizo conducir al momento a «la Boca», que ocupaba una amplia estancia en el ala izquierda del palacio. Eran aproximadamente las seis de la tarde. A las cinco había dejado al señor Ménard de Choussy.

El Temple era, efectivamente, un palacio: una espaciosa y noble morada, domicilio habitual del Gran Prior, que ocupó en tiempos el galante príncipe de Conti, y más recientemente el conde de Artois, hermano de Luis XVI. Su disposición era, más o menos, la misma del hotel Soubise, actualmente afecto a los Archivos nacionales: un largo patio, rodeado de arcos, terminado en hemiciclo por el lado del portal y cerrado en su extremo por la fachada principal del inmueble; salvo, delante de esa fachada, una hilera de tilos recortados disimulaba con su verde pared las edificaciones bajas situadas alrededor del patio. Los departamentos del Gran Prior eran amplios y ricos, daban al patio, y por la otra fachada, a un hermoso jardín, plantado con grandes árboles alineados al estilo francés. En el fondo del jardín se erguía, medio enclavado en unas construcciones anejas, el enorme y sólido torreón de los Templarios, de más de cincuenta metros de altura, coronado por almenas que destacaban sobre un techo de pizarra y con una torre redonda en cada uno de sus ángulos. Siniestro y negro edificio, hacia el que la reina María Antonieta había manifestado frecuentemente tan gran aversión, «que había rogado miles de veces al conde de Artois que lo hiciera demoler». El conde de Artois no era Gran Prior del Temple. Desde 1776 llevaba ese título su hijo el duque de Angulema, nacido en 1775.

Al pedir tan insistentemente el Temple para guardar en él a sus rehenes reales, la *Commune* insurreccional había tenido en cuenta esta formidable torre, verdadero calabozo feudal; la Asamblea Legislativa, al ceder a su autoritaria rival, no quería ver en el Temple más que el palacio del Gran Prior. Por otra parte, ¿conocían siquiera el Temple los diputados, provincianos en su mayoría, que habían llegado a París hacia pocos meses? Temiendo nuevos conflictos, ni la Asamblea ni la Municipalidad se arriesgaron a pedir datos precisos; pero la determinación de los munícipes estaba ya tomada: teniendo ya entonces en su poder al Rey, de quien

la Asamblea parecía desinteresarse, se disponían a encarcelarle precisamente en la Torre. La diferencia era considerable. En un palacio, el Rey hubiera continuado siendo el soberano, momentáneamente desposeído de su morada habitual; en un calabozo no era ya más que un criminal, apartado del mundo y en espera de su castigo.

La *Commune* había disimulado su proyecto con una habilidad muy próxima a la trapacería: sus actas lo atestiguan. En la de la sesión del 11 de agosto, se lee que los comisarios designados para estudiar la cuestión piensan que «el Rey estaría infinitamente mejor (que en el Luxemburgo) en el edificio situado en el jardín del Temple». En el acta del 12 se lee: «El Temple ofrece comodidades hospitalarias que Luis XVI, por sus desgracias, debe esperar de un pueblo que no quiere ser severo sino para ser justo». Tan sólo posteriormente, en el decreto de la Asamblea Legislativa, entregando la familia real a la Municipalidad, es cuando ésta, no temiendo ya que le disputen su prisionero; se descubre al fin y decreta que Luis XVI y los suyos sean depositados en la Torre del Temple.

El Palacio del Temple, deshabitado desde 1789 y puesto bajo sellos, albergaba a cierto número de antiguos sirvientes del conde de Artois, tolerados allí como guardianes después de la emigración de su dueño. A la izquierda, según se entraba en el patio del palacio por la puerta de la calle del Temple, se veía el cuchitril de Gachet, el viejo portero. Vendía bebidas, y su cafetín estaba regentado por un anciano al que llamaban el tío Lefèbvre, quien a su vez era regido por una criada, la tía Mathieu. Al lado mismo del mostrador se hallaba el alojamiento de Darque, el portero y exbedel del Gran Prior; vivía en el Temple desde los remotos tiempos del príncipe de Conti, había visto muchas cosas y conocido a muchas gentes, y se le consideraba como elemento consustancial a la casa. A la derecha de la entrada, en la otra ochava del patio, se alojaba Jubaud, el antiguo portero del palacio, quien tenía un sirviente llamado Gour-

let. Otros funcionarios de menos importancia, que ostentaron también en tiempos la librea del Gran Prior, vivían en las dependencias: el barrendero Mancel; Barón, a quien se confiaba la custodia de los *Sellos*; el serrador de leña Angot; la señora Rokenstrohe, lavandera, y Picquet, el portero de las vacías caballerizas. Contaba, además, el Temple con un habitante de rango superior: era M. Berthélemy, guardián de los Archivos de la Orden de los Templarios. Éste se albergaba en un edificio pegado a la torre que formaba cuerpo con ella. De construcción muy posterior a la del torreón, habíasele cedido en 1782 a M. Berthélemy, quien lo había convertido en un confortable y elegante albergue de cuatro pisos: abajo, casi en el subsuelo, oficina para los empleados y cocina; encima, comedor y salón biblioteca; un bonito salón, con balcón sobre el jardín, y sala de billar en el primer piso, y en lo alto una alcoba y sus dependencias. Llamaban a ese edificio «La Torrecilla», debido a sus dos torreoncillos de los ángulos, que casaban su silueta con la del potente torreón central.

Cuando Turgy, con sus dos camaradas, Chrétien y Marchand, se posesionó de su puesto, se las ingenió al punto para hacerse imprescindible. Asegura no haber encontrado a su llegada «ninguna clase de provisiones», viéndose precisado a salir «hasta tres veces para procurarse lo necesario». Sin embargo, la Municipalidad se ocupaba desde por la mañana en preparar el Temple, a fin de recibir a su huésped: había decidido tratarle regiamente por última vez. Se le serviría una gran cena, y se requirió para este fin a uno de los jefes de «la Boca» de las Tullerías, Gagnié, quien, seguramente, llevó consigo a sus ayudantes: especialistas en asados y salsas, y a sus pinches. Incluso, en previsión de esa solemne recepción, se fregaron apresuradamente las grandes salas del palacio, y se dispusieron luces, para iluminar, al llegar la noche, todo el edificio y los alrededores del jardín. Y como la orden era que el Rey saliese de los Fuldenses a las tres de la tarde, es muy probable

que estos preparativos estuviesen ultimados a las seis. Nada de todo esto concordaba con el propósito de encarcelar a la familia real en la Torre, por lo que es de presumir que tal proyecto se mantenía en secreto por el momento. En la sesión de aquel día, varios miembros de la Municipalidad lo habían combatido sin ningún éxito<sup>[6]</sup>. Por lo demás, Gagnié y sus ayudantes pudieron disponer de mucho tiempo para cocinar la cena; Turgy y sus colegas, el necesario para preparar las mesas, pues el cortejo que conducía a los cautivos sufrió un retraso considerable. Antes de abandonar los Fuldenses, habían tenido que discutir con Pétió, alcalde de París, la lista de los criados, de los que Luis XVI deseaba no separarse. Reclamaba doce de ellos, y no obtuvo, «a fuerza de peticiones», más que dos ayudas de cámara, Hué y Chamilly, y cuatro servidoras, madames Thibaud, Anguié, Basire y Navarre, según nos cuenta el barón Hué en sus *Recuerdos*, publicados por su biznieto, el barón de Maricourt. Después tuvieron que pensarse en dos grandes carrozas de la Corte, cada una de las cuales iba tirada solamente por dos caballos; los cocheros y los lacayos no llevaban ya la librea real: los habían vestido de gris. En el primer coche se acomodaron el Rey, la Reina, el Delfín, su hermana, la princesa Isabel, la princesa de Lamballe, la marquesa de Tourzel, su hija Paulina, Pétió, Manuel, procurador de la *Commune*, y el munícipe Colonge. «Se pondrá tal vez en duda que dos caballos bastasen para tirar de un coche en el que se contenían once personas —dice el barón Hué en sus *Recuerdos*—, pero yo garantizo la autenticidad del hecho». Hué está sobre este punto de acuerdo con la señora de Tourzel; pero el relato de Paulina de Tourzel, en sus *Recuerdos de cuarenta años*, difiere un poco. En la segunda carroza subieron las cuatro mujeres y los dos ayudas de cámara, así como otros dos munícipes designados por el Consejo General de la Municipalidad para acompañar a los prisioneros: uno de ellos era Esteban Michel, fabricante de

rojo, y el otro, un oficial de zapatero remendón llamado Antonio Simón.

La duración del recorrido fue excesiva. Se había realizado al paso corto y no sin numerosas detenciones. Hasta pasadas las siete y media de la tarde no se oyó desde el Temple aumentar en la calle los gritos y abucheos que anunciaban la aproximación de la Corte. Los relatos de los testigos oculares difieren en cuanto a la hora de la llegada al Temple. «Las siete», escribe Madame Royale. «Ocho y cuarto», según la señora de Tourzel. «El día comenzaba a declinar», anota Paulina de Tourzel. En cuanto al barón Hué, sitúa el hecho, inadvertidamente, el 14 de agosto. A la caída de la tarde, el patio de honor se había llenado de miembros de la Municipalidad, de soldados y hasta de simples curiosos favorecidos. El comandante de la Guardia Nacional fue el primero en aparecer a caballo. Algunos pudieron apreciar que dirigía a los ediles agrupados en la escalinata un gesto interrogante: «¿Está lista la Torre?». Los ediles le contestaron con otro gesto: «No, aún no». Y como las carrozas se habían parado en el centro del patio, dióse la orden de abrir las portezuelas. Unos artilleros se apresuran: quieren separar al Rey de su familia y conducirlo inmediatamente al torreón. Pétió se interpone. Gran tumulto, y entre la multitud de munícipes, todos cubiertos y llevando la cinta tricolor y la escarapela, emblema de su nueva dignidad, los prisioneros descienden de sus coches y son conducidos a los salones del palacio. La Reina esperaba encontrar allí alguna soledad; su esperanza viose defraudada. La antesala, el cuerpo de guardia, el salón de billar, que había que atravesar para llegar al gran salón central, amplia estancia de diez ventanas, están repletos de representantes de París, artesanos o tenderos en su mayoría, que jamás se han visto en tan suntuosos alojamientos. Se encuentran un poco desconcertados. Su modo de conducirse tiene que sufrir algunas pruebas. Bien sea porque no hubiesen creído necesario cambiar su traje de diario, o porque no los tuviesen mejo-

res, el hecho es que se diferenciaban bastante de las personas en cuya compañía estaban acostumbradas a vivir la Reina y sus damas, hasta el punto de que éstas los encuentran «vestidos con los trajes más sucios y más asquerosos», según dice la señora de Tourzel. El Rey conserva su afabilidad y sencillez: los presentes le hablan sin descubrirse, le llaman «Señor» con afectación, y «le hacen numerosas preguntas, más ridículas unas que otras». Él no se molesta por nada, satisfecho de haber llegado y encontrando la mansión de su agrado. Persuadido de que va a habitar en ella, pide que se la enseñen, y los munícipes se apresuran a satisfacerle.

Recorre toda la casa, complaciéndose en hacer de antemano la distribución de los diversos alojamientos. Nadie le desengaña... Tal vez nadie se atreve a enterarle de que será encerrado en la torre que se ve allá, por encima de los árboles, gris y gigantesca en medio del crepúsculo. Tal vez algunos vacilan aún y se arrepienten en secreto de la *travesura* premeditada, porque el torreón es inhabitable. El alcalde Pétió es de éstos. Después de haberse dado personalmente cuenta de tan inhumana villanía, se negó, por su parte, a participar en ella. Abandonó el Temple hacia las diez de la noche, dirigiéndose a la Alcaldía, donde informó a la Municipalidad del traslado de la familia real, y terminó diciendo que no encontrándose la Torre convenientemente dispuesta, «no había querido autorizar lo acordado la víspera, y había ordenado el alojamiento en el palacio». La Municipalidad, implacable, contestó ordenando que «la decisión concerniente a la Torre quedaba mantenida».

Manuel debió acompañar a Pétió al Ayuntamiento, y como se encontraba de nuevo en el Temple para la cena del Rey, que tuvo lugar, al parecer, sobre las «diez y media o las once», debió, después de acompañar a Pétió al Ayuntamiento, llevar al Temple la orden formal de alojar al Rey en la Torre.

En aquella hora tan avanzada, M. Berthélemy, el archivero de la Orden de Malta, domiciliado en la Torrecilla, oyó